

Argentina. Un paso en la consolidación democrática: elecciones presidenciales con alternancia política

ISIDORO CHERESKY

LA SUCESIÓN presidencial producida el 8 de julio de 1989 entre mandatarios constitucionales de diferente origen político, que marcó la conclusión de un ciclo constitucional en condiciones legales, constituye un hecho inédito desde que en Argentina se estableció un régimen de democracia representativa. Este acontecimiento fue determinado por las elecciones nacionales realizadas el 14 de mayo de ese mismo año.

Los resultados de las elecciones presidenciales, legislativas y municipales¹ no depararon sorpresas en cuanto al ganador, porque confirmaron la tendencia de las legislativas celebradas casi dos años antes y lo que pronosticaban la mayoría de las encuestas. Había quizás, una incógnita más consistente, y era si el candidato peronista alcanzaría la mayoría propia en el Colegio Electoral, lo que efectivamente sucedió.² En cambio, tras los resultados previsibles surgen dudas en cuanto a su significación e implica-

¹ De las elecciones del 14 de mayo de 1989 debían surgir los cargos de presidente y vicepresidente —que según el sistema vigente en Argentina son consagrados por un Colegio Electoral compuesto por los miembros electos según un sistema de representación por distritos provinciales. También se efectuaría una renovación parcial de la Cámara de Diputados nacional y provinciales, se proveerían cargos municipales electivos y se elegirían los miembros del Colegio Electoral que debían designar un senador por la ciudad de Buenos Aires.

El peronismo, cuya fórmula presidencial era Carlos Menem-Eduardo Duhalde, se presentó bajo el rótulo Frente Justicialista Popular —FREJUPO—, aliado con grupos muy menores entre los que se contaban el Partido Intransigente, el Partido Demócrata Cristiano y el Movimiento de Integración y Desarrollo. En la provincia de Buenos Aires, el Partido Blanco de los Jubilados postulaba los candidatos justicialistas pero con sus propios candidatos para el Colegio Electoral.

La Unión Cívica Radical llevaba una fórmula presidencial integrada por Eduardo Angeloz y Juan Manuel Casella. Los partidos provinciales, agrupados en la sigla Confederación Federalista Independiente, proclamaron una fórmula presidencial cuyo primer término era Eduardo Angeloz, al que acompañaba un candidato de las filas federalistas, concurriendo naturalmente con candidatos propios para el Colegio Electoral.

² El FREJUPO se adjudicó 310 electores, a los que deben añadirse 7 del Partido Blanco de los Jubilados, lo que constituyó una mayoría de los 213 electores sobre un total de 600. Los datos electorales que se consignan son los suministrados por la Dirección Nacional Electoral.

ciones para el proceso de transición iniciado con las elecciones del 30 de octubre de 1983.

En ese entonces, la consagración presidencial de Raúl Alfonsín había parecido iniciar una nueva época. El régimen militar debía abandonar el poder sin haber logrado dejar herederos o aliados significativos en el juego político, ni haber podido comprometer a sus sucesores posibles en la impunidad de los actos criminales que se habían producido en ocasión de la lucha antissubversiva.³

En 1983, la competencia política había girado en torno a las propuestas de orden político, lo que reflejaba nuevas disposiciones en la sociedad que otrora las había considerado como simplemente subsidiarias del crecimiento económico o del cambio social. El candidato radical sorpresivamente triunfante, expresaba bien estas transformaciones en el interés colectivo. Al candidato peronista no le había bastado invocar la tradición peronista de justicia social; el recuerdo del caótico período 1973-1976, la heterogeneidad de su entorno y los desórdenes de la campaña electoral hacían temer que nuevamente no hubiera libertades públicas aseguradas. Votos de sectores populares tradicionalmente peronistas migraron al campo del candidato que postulaba la articulación de democracia política y de justicia social. Un ciclo de cuarenta años de historia, en que la voluntad popular se había alzado contra la libertad política, parecía así concluir.⁴

Sin embargo, las elecciones de 1989 consagraron el retorno del peronismo al poder. ¿Debía entenderse que el proyecto de fundación política había fracasado enteramente siguiendo la suerte de su primera encarnación, Raúl Alfonsín?

El triunfo de un candidato peronista comportaba tanto más incertidumbre cuanto que su postulación y triunfo se habían producido a contracorriente de las transformaciones democratizantes y modernizadoras acaecidas en su propio partido. La precandidatura partidaria de Carlos Saúl Menem se había impuesto a expensas del postulante renovador y se había logrado merced a la movilización de sectores marginales, al retorno de

³ En verdad el candidato peronista Italo Luder había prometido respetar la llamada ley de autoamnistía dictada por la junta militar, por la cual los delitos relacionados con la lucha antissubversiva eran considerados prescritos; pero el reconocimiento de lo actuado en la guerra antissubversiva que se reclamaba a la Multipartidaria desde 1982 y el compromiso formal de los partidos y candidatos, no fue obtenido.

⁴ Perón fue consagrado presidente en las elecciones del 23 de febrero de 1946, como candidato auspiciado por los militares que habían accedido al poder por medio de un golpe de Estado el 4 de junio de 1943. Pero en verdad luego del mencionado golpe, la política social ejercida desde el Estado y la represión a los sindicalistas que no se plegaban a la intervención gubernamental, había contribuido a la conformación de un vasto movimiento popular con base en los sindicatos, que permitió a Perón ganar las referidas elecciones. El régimen político establecido por el peronismo en los años cuarenta se caracterizará por beneficiarse del apoyo popular, que se expresaba sólo parcialmente por vía institucional y por serias restricciones a las libertades públicas.

planteamientos peronistas tradicionales y a la recreación de un liderazgo paternalista. Por primera vez desde la muerte de Perón, el movimiento se había reunificado al darse un jefe que, aunque consagrado por los procedimientos de la democracia partidaria, suscitaba en torno a él una mística.

En el propio radicalismo, la candidatura de Eduardo Angeloz denotaba un apartamiento respecto de la evolución renovadora que había experimentado el partido. El candidato era el gobernador de la provincia de Córdoba, una de las pocas que había podido resistir la primera ola de retorno peronista que en 1987 había instalado a dirigentes de este partido en las gobernaturas de la mayoría de las provincias.⁵ Al invocar las consecuencias de la deblacle, el presidente de la nación y de la UCR, Raúl Alfonsín, anunció que Eduardo Angeloz era considerado el más apto para aspirar a la sucesión presidencial porque había sobrevivido políticamente. De este modo, una decisión autoritaria encolumnaba formalmente al partido tras un candidato, pese a pertenecer éste al ala más tradicional del partido y ser un potencial competidor por el liderazgo partidario, pero generaba el descontento del ala progresista de partidarios del propio presidente.

De modo que se conformó una escena preelectoral dominada por la confrontación entre dos postulantes, que no expresaban a las fuerzas características de la renovación democrática iniciada en 1983. Tanto el radicalismo como el peronismo debieron sobrellevar la dificultad de adaptarse al modo en que se presentaría la confrontación, y buena parte de la ciudadanía sólo pudo incorporarse a las alternativas propuestas por vía de la opción negativa. El número importante de indecisos que las encuestas preelectorales registraron hasta bien avanzada la campaña electoral, daba cuenta de la posición dubitativa en que se hallaba una parte del electorado.

Aunque los resultados hayan correspondido en términos generales a las previsiones, una revisión de los mismos nos permite precisar la magnitud de la reconversión producida. Carlos Saúl Menem obtuvo el 49.4% de los votos, en tanto que su oponente Eduardo Angeloz alcanzó el 37.0%. Los casi trece puntos que separaban a los candidatos eran una distancia un poco mayor a la que se había establecido en 1983 entre Alfonsín y Luder.⁶

Pese a la presunta inconformidad con las ofertas políticas principales, la polarización para la opción presidencial fue alta —el 86.4% votó por uno de los candidatos principales—,⁷ aunque menor que en 1983, en esa ocasión el 91.89% había elegido uno de los dos candidatos principales.

⁵ El peronismo había conquistado en esa ocasión 17 gobernaturas sobre 22.

⁶ En 1983 Raúl Alfonsín triunfó con el 51.74% de los votos, casi un 12% más que Ítalo A. Luder, que había alcanzado el 40.15%.

⁷ En verdad, el grado de polarización es difícil de determinar por que si se consideran exclusivamente los votos obtenidos por el frente peronista (el FREJUPO) y por la UCR, se alcanza el 79.9%; el 6.5% restante corresponde a votos por E. Angeloz y por C. Menem como candidatos presidenciales de otras siglas partidarias.

Si se observan los resultados del escrutinio para la elección de diputados, se pueden hacer otras consideraciones. En primer lugar, que la consistencia del electorado que optó por el candidato presidencial radical era menor que la del peronista, lo que se expresaba en la proporción considerable de votantes de Angeloz, que no votaron a los candidatos radicales a diputados. Éstos, con el 28.8% del total, obtuvieron 8.3% menos que su candidato a presidente. En el peronismo en cambio, esta diferencia sólo alcanzó el 4.7%.

La polarización un poco menor que en el pasado y el corte de boletas en el ámbito de la elección de representantes, beneficiaron esencialmente a la Alianza Liberal —conglomerado de derecha que reunía a la Unión del Centro Democrático y al Partido Demócrata Progresista—, que con el 9.5% de sus votos para las listas de diputados obtuvo menos que lo que ese sector esperaba, pero le permitió elegir nueve nuevos diputados nacionales,⁸ y la Izquierda Unida, que con el 3.4% consiguió elegir por primera vez desde el inicio del proceso de democratización un parlamentario nacional.

Los partidos provinciales obtenían por su parte, 8 bancas parlamentarias, entre las cuales se registraba la presencia de liderazgos nacidos durante la gestión del régimen militar. La relación de fuerza electoral entre peronistas y radicales se había revertido completamente ampliando los resultados de 1987 y aunque la renovación de las instancias parlamentarias había sido parcial, ese cambio se había reflejado suficientemente como para que se considerara asegurada la hegemonía institucional de la coalición peronista. El peronismo y sus aliados quedaron a un voto de la mayoría absoluta en la Cámara de Diputados y lograron la mayoría en el Senado.⁹ Comparado con los resultados de elecciones anteriores el cambio de la relación de fuerzas entre las dos fracciones resultaba más de la disminución del voto radical que del incremento del peronista.

**RESULTADO DE LAS ELECCIONES LEGISLATIVAS
PARA LAS PRINCIPALES FUERZAS, EN EL PERÍODO 1983-1989**
(En porcentajes)

	1983	1985	1987	1989
Peronismo y aliados	38.6	34.9	42.9	44.68 (46.49)*
UCR	48	43.6	37.3	28.75 (32.53)*
Total	86.6	78.5	80.2	73.43 (79.02)

NOTA: La cifra seguida de asterisco adiciona al voto peronista los del Partido Blanco de los Jubilados y al voto radical los de la Confederación Federalista Independiente.

⁸ De ese modo, la Unión del Centro Democrático tendrá en la nueva Cámara 11 legisladores, y el Partido Demócrata Progresista 3.

⁹ Esta situación permitirá al peronismo iniciar su gestión con un apoyo legislativo

Para examinar el significado de estos cambios, deberíamos retrazar el curso de los acontecimientos que se suceden desde 1983.

FRACASO DE LOS POLÍTICOS PROGRESISTAS, ¿CONSOLIDACIÓN DEL SISTEMA DEMOCRÁTICO?

Como se ha indicado, el primer ciclo de democratización culminó con la impopularidad de su mentor característico Raúl Alfonsín, la derrota del candidato oficial y el repliegue del núcleo renovador que había propiciado la puesta al día del peronismo. Este resultado ilustra bien las ambigüedades del proceso argentino.

La fundación política de 1983, que prometía dar vuelta la página sobre un pasado de autoritarismo, de militarismo y de populismo, había procurado restablecer con ese fin la legitimidad política en su plenitud. El triunfo del candidato radical, Raúl Alfonsín, ajeno a las corporaciones, se había impuesto primero a la propia estructura tradicional de su partido en el que era minoritario y después a su adversario peronista, merced a una movilización ciudadana entusiasmada con su discurso sobre la democracia y la justicia. El movimiento de opinión y su líder eran una buena señal de que con la primavera democrática advenía el tiempo de la política.

Pero llevada más allá de la fuerza política que la había propiciado, la fundación democrática debía consistir precisamente en el establecimiento de un régimen de instituciones y creencias basado en los principios de libertad e igualdad. Los problemas que planteaba tal empresa eran paradójicos, porque sentar las bases de un nuevo régimen político requería, dada la persistencia de tradiciones que obstaculizaban su institución, de una gran autonomía del poder presidencial respecto de las asociaciones de interés y de sus presiones, pero también respecto de cierto funcionamiento subordinado a los intereses particulares del propio sistema político.

Pero ¿cómo se expande una cultura democrática si la decisión política está confiada a la cúspide del poder? El gobierno radical, que en su primera etapa contó con una mayoría electoral absoluta y un gran apoyo de la opinión pública, no controlaba sin embargo todos los resortes del poder, circunstancia que hacía aún más complicada su acción. Tenía la mayoría en la Cámara de Diputados pero no en la de Senadores. La dificultad en lograr la aprobación de sus proyectos lo condujo, por momentos, a prescindir de estos canales de toma de decisiones. En el plano de las instituciones políticas, la subordinación del parlamento por parte del gobierno obedecía a razones similares a las aludidas. La crisis del peronismo durante los pri-

confortable que **logrará** merced a sus alianzas, en particular con la Unión del Centro Democrático. Una de las preocupaciones sobre el futuro de la democracia argentina tiene que ver con esta hegemonía en el parlamento, que se tradujo ulteriormente en la modificación en el número y la composición de la Corte Suprema. Sin embargo, el gobierno **Menem** no ha gozado de una verdadera docilidad parlamentaria.

meros años hacía difícil el establecimiento de acuerdos políticos eficaces aunque ellos hubiesen sido deseados. Por otra parte, la labor parlamentaria estaba marcada por la tradición política que parecía querer superarse, dado que era más propensa a la translación cruda de las demandas sociales que a su consideración en vistas a la elaboración de políticas que pretendiesen contemplar el bien común.¹⁰ Esta voluntad de actuar sin excesiva negociación y sin perder la capacidad de ejecutar políticas indujo a buscar la legitimación plebiscitaria informal o indirecta —actos públicos frecuentes, sesgo plebiscitario atribuido por el partido oficial a los comicios parciales— y a propiciar la adopción extraparlamentaria de decisiones.

Inicialmente, estos rasgos personalistas y plebiscitarios parecían justificarse o al menos no se constituían en una tara decisiva, pues el régimen se sostenía en una dinámica democrática generada por los juicios públicos en torno al pasado de violencia e ilegalidad. Aunque la vida institucional presentaba dificultades, la vida pública estaba regida por una dinámica de participación ciudadana y de instancias institucionales autónomas (en particular el poder judicial), lo que determinaba que en ámbitos esenciales la decisión política no estuviese confiscada por el poder ejecutivo. De ese modo, y pese a las limitaciones del funcionamiento institucional, el debate público, así como la acción gubernamental en torno al tema de los derechos humanos, dio sustento a la fundación política y al mismo tiempo fortaleció la legitimidad del gobierno de Raúl Alfonsín en los primeros años de la transición.

El fracaso en el intento de inducir un desbloqueo interno de la corporación militar, al negarse ésta a enjuiciar a las juntas militares tal como lo disponían las leyes aprobadas al respecto, fue sobreesido al instruirse los juicios ante los tribunales ordinarios.

La experiencia del juicio a las juntas militares, que se extendió a su condena y a las reacciones que se hilvanaron en torno al cumplimiento de ésta y de los procesos contra otros militares acusados de crímenes en la represión de los años setenta, constituyeron la experiencia fundamental con que se nutría el renacimiento de las creencias democráticas. La sociedad podía reconocerse en la figura de una justicia que no se doblegaba ante los muy poderosos.

Desde el momento en que el gobierno tomó conciencia de la crisis económica y la afrontó a través del Plan Austral —una política de ajuste heterodoxa—, la orientación en esta área parecía inscribirse en paralelo con la llevada en el plano de los derechos humanos. Pero la política de autonomía estatal practicada al inicio con la finalidad de ser consecuentes en la lucha contra la inflación, fue llevada a cabo sin cuestionar en lo esencial los mecanismos básicos de obtención y asignación de recursos, por lo que no se pudo evitar que se produjera un incremento de las desigualdades sociales. Aun en las relaciones laborales institucionalizadas, se pro-

¹⁰ De Riz, Liliana, *La Argentina de Alfonsín: la renovación de los partidos y el parlamento*, Cedes, 1989.

dujo un deterioro en la situación de los habientes menores, con la disminución del trabajo asalariado en beneficio del empleo informal y la caída del salario real. Aunque la política oficial se llevaba a cabo en nombre de la equidad, el hecho que procurara lograr la estabilización sin afectar ningún interés, acarreaba en verdad no sólo el empeoramiento de la situación de los menos favorecidos, sino que la privaba de la explicitación de un sentido de justicia en este terreno que le permitiese, al menos en el plano de las intenciones, considerar y favorecer la expresión de los reclamos de los sectores populares. Pero la tibieza en el progresismo o aun el conservadurismo de una política no implica forzosamente un estancamiento del proceso de democratización.

En verdad, el desgarramiento simbólico de la empresa alfonsinista de democratización se produjo con motivo del comportamiento presidencial durante la sublevación militar de Semana Santa; por lo tanto, la inflexión formal del ciclo democrático, unos meses después, consistió en la derrota del partido de gobierno en las elecciones legislativas y de gobernadores efectuadas en septiembre de 1987. El presidente Alfonsín, capturado quizás por una concepción pragmática de la supervivencia institucional —inmune a la percepción de la dimensión simbólica constitutiva de la política, incluyendo su área institucional—, cedió ante la presión militar, y fue incapaz de ejercer su autoridad frente a la soberbia de los rebeldes que logran exhibir su impunidad, negociar e imponer sus condiciones. Esta negociación entre el sistema democrático y una corporación, constituyó el signo de un brutal retroceso en la acumulación de significaciones democráticas que se venía produciendo. Al poco tiempo, el presidente impuso la sanción legislativa de una ley llamada de obediencia debida, que eximió de tratamiento judicial a casi todos los militares acusados (se exceptuaba de los beneficios de la ley a un puñado de altos mandos), so pretexto de que los beneficiados por la ley habían obedecido órdenes. La disposición equivalía a una amnistía previa al establecimiento de culpabilidades, lo que consagraba la condición militar como sustraída al alcance de la ley común.

Sin desmedro de la excepcionalidad simbólica de la relación de la sociedad con los militares, otros hechos en otros ámbitos eran congruentes con la imagen de un retorno a la lógica de las corporaciones. Ya antes de ceder ante el corporativismo militar, se había definido una política de cooptación hacia sectores del sindicalismo, que conllevaba naturalmente concesiones hacia ese sector. Esta relación culminó con el nombramiento de un dirigente del sindicato de Luz y Fuerza como ministro de Trabajo, quien ejerció su responsabilidad gubernamental manteniendo inicialmente la ambigüedad respecto de su doble condición, pero que terminó asumiendo una suerte de representación laboral en el gabinete. Esta política se había venido diseñando en los ámbitos gubernativos, en el marco de una estrategia para asegurar al oficialismo una continuidad en el poder e intervenir en la desarticulación de la oposición social y en el desmem-

bramiento del peronismo. Como consecuencia de la relación con el sindicalismo ortodoxo y de los grandes sindicatos, se habían hecho excepciones a la política de control sobre precios y salarios establecida con el Plan Austral, a fin de favorecer a aquellos que se consideraba presuntos aliados. También en el plano empresarial se había favorecido el agrupamiento de aquellos que eran considerados como los "capitanes de industria" de quienes se presumía que podían ejercer el liderazgo en la reconversión económica. Pero la relación con las corporaciones, dado que ella no estaba subordinada a una primacía de la decisión política, y la introducción de representaciones de esta naturaleza en el gabinete, provocaron una situación de desgobierno que no fue ajena al fracaso de los planes de estabilización económica.

En realidad, una dimensión de realismo político había estado siempre presente, junto a una disposición más voluntarista en la política del gobierno, y se puede razonablemente argumentar que en una sociedad con tanto peso de las corporaciones hubiese sido difícil sustraerse enteramente a su influencia. Aún mucho antes de que esta circunstancia se expresara en el dominio económico social, se había manifestado ya en la relación con las fuerzas armadas. Los jefes militares eran tolerados en su posición de *alter ego* del poder democráticamente instituido, pues pese a haber sido nominados por el presidente —directamente en el caso de los jefes de Estado Mayor y con su aval en el caso de las otras designaciones—, actuaron como una suerte de portavoces de las respectivas fuerzas, en particular en el caso del ejército, impugnando así sin mayores pruritos decisiones políticas.

Sin embargo, y pese a los precedentes señalados, sólo en 1987 y en torno al tratamiento de la rebelión militar se produjo un viraje en la posición del poder y en particular del presidente. Al haberse producido un cuestionamiento que la lleva a ceder ante la fuerza, la figura presidencial se secularizó perdiendo el aura con que aparecía investida. El desencantamiento afectaría el vínculo de adhesión personal y con frecuencia suprapartidario que suscitaba esa figura. De ese modo, el sistema político se desprendía de su encarnación. En consecuencia, el llamado a plebiscitar la figura presidencial realizado una vez más en ocasión de las elecciones del 6 de septiembre de 1987, no tuvo eco porque ésta aparecía cada vez menos como un supragarante del sistema democrático, y al votar, los ciudadanos se limitaron a evaluar la gestión gubernamental del radicalismo.

La significación de las elecciones que privaron al radicalismo de la mayoría absoluta —pues pasaron a ser en ese momento la primera minoría— en la Cámara de Diputados y que consagraron gobernadores peronistas en la mayoría de las provincias, anunciaba, por una parte, la erosión del conglomerado alfonsinista y, por otra, oponía un mentís al pronóstico de disgregación del peronismo que se presumía debía acarrear el proceso de democratización.

Sin embargo, podía hacerse una evaluación positiva de los resultados

electorales y sobre todo, de la estabilidad con que se desarrolló la cohabitación institucional que resultaría de ellos, considerando que se abría paso un camino de consolidación democrática basado en un sistema competitivo bipartidista, en sustitución de la disyuntiva peronismo/antiperonismo que había frustrado antaño la formación de un sistema político estable.

El partido gobernante tratará de adaptarse a la nueva situación de cogobierno, procurando ahora aprovechar las posibilidades de acuerdo interpartidario que dejaba entrever la hegemonía de los renovadores en el peronismo para impulsar la postergada reforma del Estado, y especulando con una eventual reforma de la constitución que diera al régimen una forma más parlamentaria y redujese el mandato presidencial a cuatro años.

Pero rápidamente, la incipiente cooperación interpartidaria se paralizó al surgir una alternativa al liderazgo del renovador Antonio Cafiero en la figura de Carlos Menem, quien se apartaba de la renovación a la que había pertenecido hasta entonces. Luego de la derrota en las elecciones presidenciales de 1983, el peronismo había entrado en crisis. La corriente de la renovación que procuraba democratizarlo y dotarlo de una estructura partidaria logró imponerse al cabo de varios años de disputa interna. En ese ínterin era más bien la CGT dirigida por Saúl Ubaldini —en pugna con los sectores sindicales ortodoxos que negociaron con el gobierno de Alfonsín—, la que había encabezado la oposición, fusionando protesta social y política. Durante los años del gobierno radical, la central obrera promovió trece paros generales que unían a reclamos gremiales el rechazo de la política económica y por momentos, el pedido de renuncia del ministro de Economía.

Esta acción de rasgos antiinstitucionales, gozaba de la adhesión de los sectores más damnificados de los trabajadores y hacía presumir que una área significativa de desorganizados podía sumarse a ellos, dando cuerpo a una protesta social a la que el proceso de democratización no había podido dar cabida por otros canales.

Precisamente el líder emergente, Carlos Menem, se postulaba como un candidato más alejado del juego político y en particular de los acuerdos entre radicales y peronistas y aparecía de ese modo, como una expresión apta para los sectores sociales relegados que establecieron con él una relación carismática; a ellos se sumaban grupos residuales del peronismo que se resistían a la renovación, entre los que se contaba una parte de la dirigencia sindical que se sintió amenazada por la evolución del peronismo. Es este conglomerado el que consagró a su precandidato en las elecciones internas del peronismo.

Este giro dramático que se produjo en julio de 1988, cambiaba el conjunto de la escena. El peronismo, matemáticamente mayoritario en las futuras elecciones, hacía renacer las viejas incertidumbres. ¿Podrían articularse las dos imágenes, la del peronismo democratizado constituido en alternativa política confiable, y la de movimiento de encarnación de los sectores sociales postergados, proclives a formas de expresión predemocráticas?

Por el lado radical, las elecciones de 1987 habían revelado la fragilidad del conglomerado que inicialmente rodeó a Alfonsín,¹¹ mostrando cómo se debilitaría en la medida en que la disyuntiva peronismo/anti-peronismo pasara al olvido. La consagración de Carlos Menem como candidato peronista permitía a su adversario radical procurarse un lugar más consistente en la escena. El candidato radical se hizo rápidamente abanderado de la modernización del Estado que había predicado el gobierno sin poder verdaderamente emprender, pero procurando darle un sesgo más enérgico y conservador. Intentaba de ese modo, capitalizar el descontento y una vaga conciencia generalizada de reformas ineludibles que se difundía en los sectores medios, pero que no era exclusiva de ellos; desde esa posición podía aspirar también al apoyo de un electorado tentado por el centro-derecha. Pero lo dominante de su posición era el liderazgo de un eventual y más amplio conglomerado negativo, cohesionado por el fantasma del retorno del peronismo tradicional.

El análisis que estamos haciendo de la primera fase de la transición democrática podría ser incluido dentro de una consideración global. En efecto, se ha observado la tendencia a que los gobiernos de los primeros procesos de transición a la democracia en América Latina actúen como una suerte de fusible. El sacrificio de la fuerza política gobernante sería un componente del fortalecimiento del régimen político, y ello a consecuencia de que la crisis económico-social se volvería contra los que fueron los depositarios de la esperanza en los tiempos de la primavera democrática. El análisis del caso argentino, aunque confirma la tendencia, permite también observar que hubo alternativas de políticas gubernamentales y que quizás el descrédito no fuese inevitable.

La peculiaridad de la evolución argentina es el fracaso de las corrientes que estuvieron más directamente vinculadas con la gestación democrática. Ello parece ligado a las propias limitaciones del proceso de democratización que no incluyó a sectores cuya movilización puede inclinarse a la búsqueda de vínculos predemocráticos. Pero esta carencia parece ser parte de un cambio en la situación, consistente en que las exigencias de la crisis repentinamente percibidas se superpusieron rápidamente a los derivados de la democratización estrictamente política. Y los actores comenzaron a ser juzgados por su capacidad de dar una respuesta convincente a la crisis. Por ello el respeto a las reglas de convivencia democrática debía ser reconocido a quienes lo aseguraron, pero no sería una garantía de renovación de su legitimidad política.

¹¹ Manuel Mora y Araujo presentó la hipótesis, confirmada aparentemente por los acontecimientos, de que considera el voto radical de 1983 como el resultado de una confluencia en torno a una dirigencia situada más a la izquierda que su electorado. Las limitaciones de este enfoque que procura identificar subculturas políticas, es que les da un carácter estático y parece pasar por alto la transformación cultural que se inicia en torno a la democratización, en 1983.

LA CAMPAÑA ELECTORAL

Pese a la situación inicialmente ventajosa del candidato peronista, las elecciones no dejaban de presentar un margen de incertidumbre, lo que permitía atribuir a la campaña electoral una incidencia en los resultados que se obtendrían.

Un elemento que alimentaba el suspenso era el hecho de que las candidaturas aparecían, por razones distintas en cada caso, desfasadas respecto de las evoluciones partidarias precedentes y en parte respecto de las expectativas ciudadanas. El gran número de indecisos revelado por las encuestas ilustraba esta situación. De modo que estaba pendiente un trabajo de conquista del electorado.

El peronismo debía aún hacer la prueba pública de su unidad para superar la imagen de querrela y división que había prevalecido hasta un pasado bastante reciente. El desempeño que lograra definiría su influencia sobre los sectores medios y su capacidad de dar cabida al amplio espectro de sectores democráticos desencantados con la gestión gubernamental.

La alternativa radical prosperaría según su capacidad de conformar un conglomerado que, como el de Alfonsín en 1983, agrupara el voto no peronista. Pese al descontento del ala progresista del partido y su área de influencia, y dado que ésta no tenía alternativas, el problema mayor era detener una anunciada hemorragia del voto de derecha hacia su opción más natural, la Alianza Liberal.

La incertidumbre sobre quién sería el candidato finalmente elegido, superaba la incertidumbre sobre el propio resultado electoral. Al ser la elección presidencial indirecta, puesto que era el Colegio Electoral el que debía consagrar la fórmula triunfante, a menos que una lista obtuviese mayoría absoluta, el orden de preferencias de la ciudadanía podía invertirse en el Colegio Electoral. La conjetura era, más precisamente, que el candidato radical, aun siendo segunda minoría, pudiese ser consagrado sumando el voto de los electores de derecha y de los partidos provinciales a los suyos propios.

La eventual decisión en el Colegio Electoral daba cauce a numerosas especulaciones e ilustraba una suerte de pluralidad política subyacente al esquema bipartidista que la polarización parecía consagrar. Alfonsinistas y peronistas renovadores examinaban la posibilidad de provocar, en caso de que hubiere elección negociada, la formación de un gobierno de coalición en que ambas facciones tuvieran un peso significativo, o de imponer la figura de un ministro coordinador en caso de que debiese consagrarse finalmente a Menem como presidente.

Pero la idea de un funcionamiento soberano del Colegio Electoral, aunque correspondía al texto de la ley, despertaba susceptibilidades. En un país en donde la tradición democrática estaba más vinculada al democratismo plebiscitario y a la movilización, esa mediación institucional era considerada como un ámbito de eventual burla a la voluntad popular.

A esa desconfianza genérica se añadía en este caso, el que la significación precisa de la especulación fuese la conformación de una gran alianza de inevitable connotación antiperonista y que no se había podido gestar públicamente antes del escrutinio. Por su parte, sectores políticos y militares anunciaban su intención de provocar una manifestación popular si se intentaba un procedimiento que consideraran fraudulento. De modo que la incertidumbre sobre el resultado conllevaba cierta inseguridad sobre el futuro institucional.

La polarización se acentuó a lo largo de la campaña, pese a los intentos del centro-derecha de capitalizar la popularidad de los temas liberal-conservadores que se propagaban en la sociedad argentina, y de dos agrupamientos de izquierda de ofrecer una alternativa a los tantos inconformes progresistas. La crisis económico-social que se agudizaba a medida que la fecha electoral se acercaba, con índices de inflación crecientes que desembocarían en la hiperinflación postelectoral, creaba un clima de emergencia nacional que invitaba a optar por una salida, es decir, a producir un voto "útil". Asimismo, quienes veían en el candidato peronista un peligro de inestabilidad institucional, eran en esas circunstancias compelidos a aglutinarse en torno a la candidatura que pretendía frenar su ascenso.

La conformación de la escena electoral y la propia campaña revelaban hasta qué punto el régimen democrático no estaba consolidado, dado que persistía la influencia de una lógica de exclusiones de principio. Ello se tradujo también en una suerte de paralelismo de las campañas de ambos candidatos, que no debatieron directamente entre ellos y que cuando se aludían indirectamente, era con frecuencia a través de ataques personales. Pese a la ausencia de un debate, el tema recurrente y común de ambas campañas era el de la salida a la crisis. Las preocupaciones características del primer ciclo del proceso de democratización quedaban claramente subordinadas, y en cuanto al tratamiento de los reclamos militares de amnistía y reconocimiento, que no dejaron de hacerse escuchar en el periodo preelectoral, se esbozaba una actitud común aunque implícita de hacer lo necesario para dar vuelta a la página, lo que coincidía con una cierta falta de motivación al respecto por parte de la ciudadanía.

Pero cada campaña tuvo ciertos rasgos específicos y cada candidato se dio estrategias en función de su posición relativa. Eduardo Angeloz debía consolidar su imagen —dado que cuando fue nominado no tenía aún alcance nacional—, atendiendo a dos trazos de su perfil. Para presentar la alternativa electoral como una opción de régimen político, reavivando la disyuntiva que en 1983 había hecho de Raúl Alfonsín la encarnación de la democracia,¹² debía realizar una activa campaña negativa

¹² En 1983, R. Alfonsín se situó como el campeón del enfrentamiento contra la dictadura languideciente y sus pretensiones de clausurar el pasado. Desplazando ese antagonismo al campo político, sostenía que la división entre autoritarismo y democracia atravesaba el interior del peronismo, su adversario electoral. Esta delimitación fue exitosa y se tradujo en su triunfo electoral.

tratando de presentar la imagen del peronismo como asociada a la violencia y al desgobierno. La evocación del período 1973-1976 y la referencia a ciertos personajes del entorno de Menem, servían a ese propósito atemorizador: "Veo alrededor del doctor Menem las mismas caras que rodearon a Isabel en esos trágicos años de 10 000% de inflación y los asesinatos de la triple A".¹³

Pero al mismo tiempo debía procurar diferenciarse de Raúl Alfonsín para disminuir los efectos negativos sobre su candidatura, del rechazo que suscitaba el gobierno saliente. Esta distinción era obviamente difícil porque buena parte del partido que lo acompañaba en su campaña era leal al presidente, y no se hacía eco de ciertos propósitos del candidato. Pero sobre todo, al haber sido elegido por el propio Alfonsín, carecía de una diferenciación simbólica fuertemente constituida, que hubiese tenido si hubiera surgido de comicios internos competitivos. El acto espectacular de atacar la gestión del ministro de Economía, figura estrechamente vinculada al presidente, y obtener su renuncia, constituyó una diferenciación insuficiente, pero en cambio contribuyó a agravar el marasmo económico del cual la opinión pública consideraba crecientemente responsable a la gestión radical.

Con todo, el candidato radical llevó adelante una campaña vigorosa procurando identificarse ya más positivamente como quien podía conseguir la modernización del país, y que podía hacerlo gracias a la racionalidad de sus propuestas, en oposición a la demagogia y carácter mágico de las propuestas y comportamiento de su adversario. Fue capaz de transmitir la imagen de un administrador cuya intención de severidad estaba ilustrada simbólicamente en el gigantesco lápiz rojo que blandía durante los actos públicos, con el que suprimiría rubros del gasto público, y cuya voluntad de éxito se reflejaba en la consigna que presidió su campaña: "se puede".

Pero ¿quiénes podían escuchar un discurso modernizador que diagnosticaba males reales, pero que prometía austeridad haciendo temer soluciones dolorosas para vastos sectores de la población, sin que la tonalidad técnica del mismo fuese equilibrada por algún principio de justicia vinculado a una voluntad política?

El candidato Carlos Menem emergía de la lid interna partidaria aglutinando las esperanzas del peronismo tradicional, de los pobres y de los marginales. Su posición de favorito provenía de que, pese a la incertidumbre que en algunos sectores despertaba su personalidad, gozaba de la posición de presunto beneficiario del voto de descontento hacia el gobierno.

Su campaña tuvo un lema central, la revolución productiva, que evocaba el restablecimiento de una cultura del trabajo en lugar de la propensión a la especulación, y promesas diversas entre las que se destacaba la de producir un "salariazó" a fin de paliar la situación de quienes

¹³ Expresiones de E. Angeloz en los discursos electorales, extraído de *Página 12*, abril de 1989.

viven de un ingreso fijo. Gran parte de los propósitos del candidato eran atenuados o rectificadas por él mismo, poco después de ser formulados, como en el caso de la evocación del eventual derramamiento de sangre para recuperar las Islas Malvinas. Estas contradicciones, su insistente ambigüedad, que le había llevado por ejemplo a enviar telegramas de felicitación tanto a los partidarios del sí como a los del no con motivo del plebiscito chileno de 1988, así como su posición particular sobre el tema de la democracia —“la democracia sin justicia social es puro parloteo”—, fueron eficientemente denunciadas por sus adversarios.

Pero en verdad lo característico de las presentaciones públicas de Menem —es decir, lo que parecía contar para los asistentes y probablemente más en general para sus partidarios—, eran las acciones teatrales y comunicativas¹⁴ que en ellas se producían. Con frecuencia el candidato exhibía sus destrezas físicas, sus habilidades de todo tipo, y daba prueba de trato campechano y hasta igualitario a sus semejantes, aunque no desprovisto de ambigüedad,¹⁵ especialmente en sus numerosos recorridos por los barrios populares. Pero su presentación característica es el recorrido por barrios y provincias en el *menemóvil* —concebido a la imagen y semejanza del vehículo que transporta al Papa—, en el transcurso del cual se establecía un contacto de visibilidad y gestualidad con los partidarios; la actuación de Menem parado en el frente del vehículo es descrita así: “Brazos abiertos, el puño cerrado que se abre de pronto, el gesto de abrazos y besos para todos lados”.¹⁶

El vínculo, impregnado de religiosidad, iba más allá, buscando el contacto físico. La gente aproximaba al candidato objetos diversos para que él simplemente los tocara, dejando quizás en ellos la huella invisible del encuentro.

Los mensajes de Carlos Menem —iniciados frecuentemente con la interpelación de “hermanos”, que sustituyó al tradicional y más combativo “compañeros”—, revelaban diferencias específicas respecto de lo que

¹⁴ Jürgen Habermas define la acción teatral como “un encuentro donde los participantes constituyen un público en el que cada uno se presenta para el otro y presenta al otro algo de sí mismo”, en *Teoría de la acción comunicativa*.

Los deseos y los sentimientos, la exteriorización de la subjetividad, son característicos de este tipo de acción. En la campaña electoral de Carlos Menem la argumentación para rebatir al adversario o la presentación de planes de gobierno tuvo un lugar muy secundario; se suponía que quienes participaban de la escena ya estaban convencidos. Predominaban en las presentaciones públicas —cuyo arquetipo era la caravana encabezada por el *menemóvil*— la satisfacción derivada del puro encuentro y el reconocimiento entre el líder y la masa.

¹⁵ Por ejemplo en su provincia La Rioja, se refería al personal doméstico en estos términos: “estas hermanas nuestras que se convierten en verdaderas madres de los que tenemos las posibilidades de un buen pasar”. Aquí coexiste una interpelación igualitaria/fraternal con una segunda parte del enunciado que parece simplemente banalizar la relación de servidumbre doméstica, quitando a la igualación inicial su alcance crítico.

¹⁶ En *Página 12*, mayo de 1979.

fuera el discurso peronista original. Subrayaba por cierto su identificación con los pobres, así, en el cierre de la campaña electoral sostenía: "Vamos a llegar a la Casa Rosada de la mano de los olvidados, de los que sufren, de los pobres de toda pobreza".¹⁷ Paralelamente situaba su preocupación por los pobres en el marco de una concepción de la vida social que prometía, como el peronismo original, la armonía de clases y la función social del capital pero que, a diferencia de él, no define enemigos políticos, ni traza una división de campos. Los enemigos están fuera de la política, son los narcotraficantes para los que pide la pena de muerte, o los especuladores. No se trata en definitiva de un discurso político movilizador; pide a la multitud que lo acompañe pero en verdad es un pedido de pasividad alejado de todo proyecto de participación política activa. La debilidad del liderazgo que se perfilaba, visto en la perspectiva de la tradición peronista, reside en que no parece buscar el encuadramiento de sus seguidores.

Visto en su globalidad, este liderazgo neopopulista¹⁸ no parece ni fuerte ni verdaderamente movilizador. Su escena es más la fiesta o el encuentro popular informal que la de la multitud homogénea electrizada por el discurso del jefe. Más que la manifestación agresiva que llega para apropiarse de un espacio, la figura que prevalece es la de una caravana que lo atraviesa con su jolgorio. Coherente con el conjunto, la imagen personal del líder es la de un protector, personaje sin aristas y que evita el conflicto con sus interlocutores.

A lo anotado como característica de la campaña electoral, se suma la buena convivencia de perdedores y ganadores en el interior del peronismo, todo lo cual contribuía a desacreditar la imagen de autoritarismo que le endilgaban sus adversarios.

La diversidad interna del peronismo, que hacía posible su institucionalización,¹⁹ ampliaba considerablemente el espectro de apoyo al postulante presidencial. En efecto, el candidato aparecía dentro del peronismo como el polo más alejado del sistema político —pese a su larga trayectoria en él— y contaba con la simpatía de los diversos sectores inconformes con la situación económico-social y aun de aquellos con reservas respecto del régimen político. El otro polo estaba constituido por los líderes de la renovación quienes, pese al escozor, luego de la derrota en los comicios internos se mantuvieron en el encuadre partidario porque era difícil ignorar el resultado de las primeras elecciones en que el peronismo definía democráticamente sus candidatos; pero lo que pesó también en ellos y repercutió fuera del ámbito partidario en sectores medios que aún con reticencias votaron por el candidato peronista, fue la seducción ejercida por la apari-

¹⁷ Discurso de cierre de campaña electoral, en *Página 12*, mayo de 1989.

¹⁸ Sobre el liderazgo neopopulista nos hemos inspirado también en el sugestivo artículo de Sergio Zermeño, "El regreso del líder: crisis, neoliberalismo y desorden", en *Revista Mexicana de Sociología*, 1989.

¹⁹ Antonio Cafiero, precandidato derrotado, permaneció al frente del Partido Justicialista y acompañaba, junto a otros líderes renovadores, a Menem durante su campaña electoral.

ción en cierta medida autónoma y espontánea de los sectores populares más necesitados. La aparición en 1989, antes y después de las elecciones —con los estallidos sociales—, de una masa de necesitados provocó una vez más reminiscencias del 17 de octubre de 1945. Durante los años ochenta la atención había estado concentrada en la construcción del régimen político; la protesta social, legítima para algunos y cuestionada por otros, se había expresado por los canales previstos. El éxito de la precandidatura Menem en al interna en julio 1988 y su movilización para las presidenciales, había hecho emerger a una población de excluidos. Este reconocimiento de la "base social" pesó fuertemente en la incorporación de los renovadores a la campaña electoral. Estos líderes reputados como democráticos sirvieron de caución política para Carlos Menem. Quizás su figuración importante en ese entonces llevó a la opinión pública a pensar que tendrían ulteriormente una intervención decisiva en la gestión gubernamental.

El resultado electoral da cuenta de cómo se definió finalmente la influencia de cada uno de los principales candidatos. Carlos Menem logró una amplia aceptación con un resultado próximo a los de las buenas elecciones peronistas del pasado.²⁰ Su triunfo por un amplio margen y con mayoría propia en el Colegio Electoral se consolidó con la transferencia de votos que se habían inclinado por Alfonsín seis años antes. Eduardo Angeloz consiguió en buena medida aglutinar el electorado de centro derecha, obteniendo bastantes más votos que los candidatos de su propio partido a otros cargos; perdió la competencia presidencial pero quedó bien ubicado en la escena política.

CONCLUSIONES: ELECCIONES, RÉGIMEN POLÍTICO Y SOCIEDAD

Las elecciones son un indicador del funcionamiento político institucional, pero reflejan también procesos que no están contenidos en ese registro de la vida social. La característica del proceso argentino —que encuentra analogías en otras sociedades latinoamericanas— consiste en la superposición de problemas vinculados a la dinámica democrática que se dio nuevamente en 1983, con los derivados de procesos socioeconómicos alusivos tanto al estancamiento como a la modernización.

Consecuencia de la mencionada inestabilidad de las relaciones sociales que están redefiniéndose, es la dificultad para formular análisis o pronósticos restringidos a un área específica, e incluso inapropiado dar explicaciones excesivamente delimitadas de los fenómenos políticos.

Sin embargo, una conclusión insoslayable del análisis presentado es el avance decisivo en la conformación de un sistema estabilizado de partidos políticos. La lógica de exclusión, que a la vez que dividía en dos campos

²⁰ Su votación es comparable a la que obtuvo Héctor Cámpora en 1973.

no permitía la verdadera constitución de un sistema político unificado, en la medida en que permanentemente parecía estar en cuestión la definición misma del político, es cada vez menos vigente. Las diferenciaciones y realineamientos producidos luego del proceso electoral convalidan esta interpretación.

Pero al mismo tiempo debe prestarse atención al hecho de que el fenómeno característico de las elecciones con alternancia ha sido la irrupción de una fuerza política cuyo éxito, como se indicaba anteriormente, es tributario de procesos internos y externos al sistema político. En esta ambivalencia residen las promesas y amenazas del nuevo ciclo que se inició en julio de 1989.

Ya se han observado las singularidades que reviste el neopopulismo en el sentido de la constitución de una relación líder-masa en estado puro, es decir, con escasa mediación institucional.²¹ En el caso argentino como en otros, la condición para la emergencia de tal tipo de liderazgos parece ser un grado considerable de dispersión social. Más allá de lo efímero o duradero del liderazgo de Menem, parece que esta clase de vínculo puede repetirse.

Las consecuencias de este tipo de relación para el juego político son considerables, porque la selección de representantes y gobernantes sobre bases carismáticas conlleva la posibilidad extrema de que las preferencias electorales estén desprovistas de toda indicación de políticas o sean interpretadas de ese modo por los gobernantes. Aunque la representación política en las sociedades democráticas excluye la connotación de mandato imperativo, la promesa electoral crea un necesario vínculo más permanente de intercambio político entre electores y representantes.

En el caso de Carlos Menem, el liderazgo tiene un componente de retorno a una identidad tradicional, el peronismo, pero experiencias ulteriores como las elecciones realizadas en la provincia de Tucumán, en que ganó la lista auspiciada por el exgobernador militar y jefe de operaciones antiguerrilleras, general Antonio Bussi, quien conquistó su liderazgo político durante el proceso de democratización; en la ciudad de Rosario, la conquista de la intendencia por un socialista perteneciente a una formación política que anteriormente alcanzaba el 10% de los votos, y más recientemente el plebiscito constitucional efectuado en la provincia de Buenos Aires en que la reforma propuesta conjuntamente por peronistas y radicales fue rechazada por un *score* abrumador, indican que la crisis de las identidades políticas tradicionales no ha hecho sino acelerarse. De modo que liderazgos neopopulistas pueden generarse sobre bases distintas a las que hemos tratado aquí. Pero la multiplicación de nuevas relaciones líder-masa no es el destino inevitable del régimen político argentino. El debi-

²¹ Sobre el neopopulismo en otros contextos, véase Sergio Zermeno, *op. cit.* Sobre la relación líder-masa como una relación sin mediaciones véase Freud, S., *Psicología colectiva y análisis del yo*.

litamiento de las identidades políticas y sociales tradicionales reviste una diversidad de posibilidades que deben ser analizadas.

Por una parte, libera a la ciudadanía de sus pertenencias cautivas y predispone a una relación más autónoma con el juego político. Pero la autonomía política no podrá prosperar mientras no se presenten alternativas políticas más diferenciadas y se establezca algún modo de participación ciudadano. Al respecto es posible delimitar problemas que conciernen al personal político, al que aparece como un elemento pasivo de la crisis de las identidades tradicionales y es incapaz de producir ya no nuevas soluciones sino, al menos, los términos en que pueden plantearse los problemas. La pérdida de la confianza de la población en la clase política tiene probablemente diversos componentes, pero uno de ellos es el rechazo a su frecuente comportamiento como aparato que se desentiende de un intercambio con la sociedad. La disposición a plegarse a modas ideológicas, o más banalmente a los giros del aparato político al que pertenece, corresponden a un disciplinamiento poco compatible con el involucrarse libremente en un debate público en el que participe la ciudadanía. El modo en que la casi totalidad del radicalismo —y el peronismo con su silencio— se plegó a los vaivenes de la política del presidente Alfonsín sobre los derechos humanos, o más recientemente la forma en que buena parte de la dirigencia peronista dio un giro de 180 grados para acompañar su marcha al neoconservadurismo practicado por el presidente Menem, son ilustraciones dramáticas del mencionado divorcio.

La vida política depende en buena medida del material simbólico que puedan suministrar quienes están abocados a ella como profesionales —esta categoría, tomada en sentido amplio puede incluir a los intelectuales—, y cuando la política no crea sus propias formas y engarza en ellas a sus personajes, entonces contribuye a la formación de vínculos sociales más primarios.

Por otra parte, si se toma en consideración el debilitamiento de las identidades políticas de la ciudadanía, se debe constatar que éste va acompañado del debilitamiento de otras pertenencias sociales y de una conmoción tal de las experiencias que ordenaban la inserción en la vida pública, que la consecuencia es un repliegue en la privacidad.

Dejando de lado el término anomia, que conlleva quizás una excesiva connotación psicológica, se puede sin embargo observar los efectos de una profundización extraordinaria de los lazos —o de la ausencia de ellos— propios de la sociedad de masas. La sociedad parece abandonar penosamente su estructuración corporativa para precipitarse en la desorganización social. El debilitamiento del vínculo colectivo priva a los individuos de la constitución de sus espacios de existencia y movimiento y los compele a sujetarse a una pertenencia abstracta y rígida respecto de un poder lejano, pero que se erige en el único productor de las decisiones y símbolos organizadores del sentido. Los hombres caen en la soledad, para usar el término empleado por Hannah Arendt al caracterizar el vínculo

social en la sociedad de masas y en el totalitarismo. El hombre privado de la realidad que conforma el vínculo con sus semejantes no puede constituir certezas y no puede en consecuencia pensar. La soledad es precisamente la incapacidad de adquirir experiencias, de pensar incorporando aquello que viene del mundo y no siguiendo los pasos de la mera deducción lógica.

El retiro a la pura privacidad conlleva ese aislamiento que en la sociedad de masas es el otro polo de la permanente pertenencia a una muchedumbre constituida por moléculas desvinculadas. Crisis de identidades políticas y modernización socioeconómica acelerada parecen ir configurando un cuadro de "sociedad de masas" como el descrito. Afrontar este diagnóstico requeriría entender el proceso de construcción democrática como un proceso ya no sólo de fortalecimiento institucional, sino de recreación de una vida política pública, es decir, paralela a la vida política representativa y administrativa.

Para que ello fuese posible, sería conveniente tener en cuenta dos aspectos diferentes de la cuestión. Uno se refiere a la vida asociativa. Si se deja de lado la idealización de la participación con mayúscula, que parece inviable y no deseada en nuestras sociedades, queda pendiente saber que vida asociativa voluntaria puede sustituir a la pertenencia que habían dado las corporaciones. El otro tiene que ver cómo el propio funcionamiento institucional coadyuva a la existencia de una vida pública. En ese sentido se trata de saber cómo el sistema político nacional se aboca a la preservación de una escena nacional. El proceso de modernización no sólo induce una cierta fragmentación sino que provoca diversidad: de formas económicas, de prácticas culturales, de modos de vida. Esta diversidad es irreversible y descarta la existencia de una escena pública única donde todo parece fusionarse respondiendo a una misma lógica.

Pero excluir ese reduccionismo no inhibe de pugnar por la preservación, junto a ámbitos parciales y locales, de una escena nacional aunque heterogénea respecto de la cual cada uno pueda considerarse ciudadano y constituir una voluntad que pese; sin la visibilidad que suministra esa escena y sin una ciudadanía abocada a los grandes debates y a las grandes decisiones, se expandiría una diversidad en la que terminaría prevaleciendo la voluntad de conglomerados como los aparatos corporativos, la burocracia, los grupos económicos, las mafias diversas.

BIBLIOGRAFÍA

Bimestre económico-social.

Calderón, Fernando y Mario dos Santos, *Hacia un nuevo orden estatal en América Latina. Veinte tesis socio-políticas y un corolario de cierre*, PNUD, UNESCO, GLACSO, Buenos Aires, 16 y 17 de abril de 1990.

- Catterberg, E. y M. Braun, *Las elecciones presidenciales argentinas del 14 de mayo de 1989: la ruta a la normalidad*, Desarrollo Económico, octubre-diciembre, 1989.
- Catterberg, E., *Los argentinos frente a la política; cultura política y opinión pública en la transición argentina de la democracia*, Ed. Planeta, Buenos Aires, 1989.
- De Riz, Liliana, *Argentina: El comportamiento electoral durante la transición democrática (1983-1990)*, Cedes, 1990.
- De Riz, Liliana, *La Argentina de Alfonsín: la renovación de los partidos y el parlamento*, Cedes, 1989.
- De Riz, Liliana y Catalina Smulovitz, *Instituciones y dinámica política. El presidencialismo argentino*, Cedes, 1990.
- De Ipola, Emilio, *Investigaciones políticas*, Nueva Visión, 1989.
- Di Tella, Torcuato S., *Evolución del sistema de partidos políticos en Argentina, Brasil y Perú*, Ed. Biblos, 1987.
- Diario *La Nación*.
- Diario *Página 12*.
- Diario *Buenos Aires Herald*.
- Fontana, Andrés, *La política militar en un contexto de transición. Argentina 1983-1989*, Cedes, 1990.
- Fraga, R., *Argentina en las urnas*, Editorial Centro de Estudios para la Nueva Mayoría, Buenos Aires, 1989.
- Gaudio, Ricardo y Andrés Thompson, *Sindicalismo peronista. Gobierno radical. Los años de Alfonsín*, Folios, Buenos Aires, 1990.
- Mora y Araujo, M., "La naturaleza de la coalición alfonsinista", N. Botana et al., *La Argentina electoral*, Sudamericana, Buenos Aires, 1985.
- Mora y Araujo, M., "El cuadro político electoral", en De Riz, Liliana y D. Nohlen (comps.), *Reforma institucional y cambio político*.
- Palomino, Héctor, *Cambios ocupacionales y sociales en Argentina*, Cisea, 1987.
- Revista *El Porteño*.
- "Los partidos políticos argentinos", en revista *Plural*, núm. 10/11, Buenos Aires, 1988.
- Revista *El Periodista*.
- Revista *Redacción*.
- Sarlo, Beatriz, *Basuras culturales, simulacros políticos*, en revista *Punto de Vista*, núm. 37, 1990.
- Zermeño, Sergio, "El regreso del líder crisis, neoliberalismo y desorden", *Revista Mexicana de Sociología*, 1989.